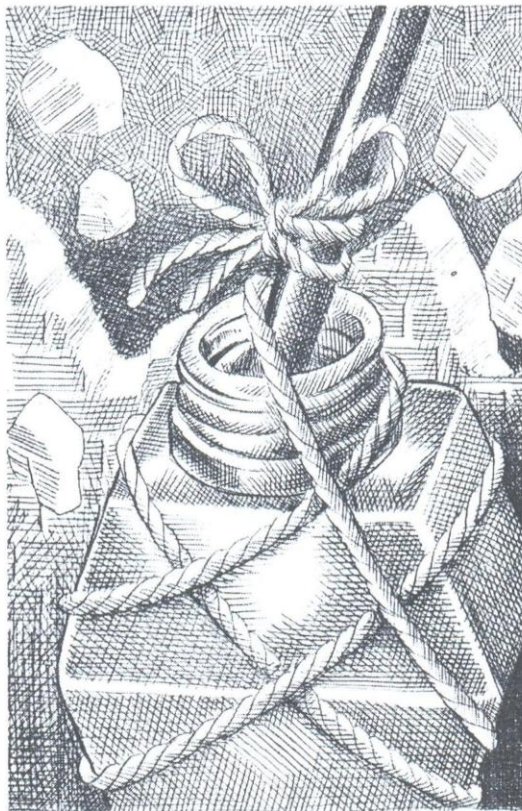


# Pensar *Copenhague*

J. J. ARMAS MARCELO

Las masivas manifestaciones contra la guerra de Irak en España han marcado un sorprendente punto de inflexión político: todo puede cambiar a peor si quienes dicen hacer las cosas para mejorar el mundo consiguen lo contrario de lo que propugnan; y si quienes se manifiestan contra quienes hacen la guerra porque dicen que van a mejorar el mundo, lo único que pretenden es una situación de privilegio en la calle, en el griterío y las algaradas. Pero no en la reflexión política sobre la guerra, la democracia, la libertad

y los derechos humanos, aunque esos cuatro jinetes de la felicidad suenen ya a estereotipo paradisiaco y utópico. Por eso mismo, *Copenhague*, el magnífico texto teatral de Michael Frayn, llega a Madrid en un momento muy oportuno. Niels Bohr, entre gotas líquidas y neutrones, y el alemán Werner Heisenberg, entre el principio de incertidumbre y las partículas, trabajan en la búsqueda de los tiempos perdidos hasta que la guerra (las patrias, las patrañas, la nación, el mundo y las pasiones más absurdas que los seres humanos nos inventamos para perdernos en múltiples laberintos) termina por separarlos. Pero, cada uno por su lado, siguen buscando el vellocino de oro, la fisión, la reacción en cadena, la bomba. ¿Por qué en 1941 Heisenberg vuelve a Copenhague, a casa de los Bohr?, ¿qué busca con ese reencuentro, qué trata de saber o de confesar? *Copenhague* no da respuestas sino que traslada preguntas a los espectadores de la obra y los compromete a seguir el diálogo de los dos científicos imaginando los tiempos de la guerra en que los nazis invadieron y



raptaron Europa con el afán delirante y totalitario de poseerla por entero y para siempre. Porque, según ellos, se trataba de mejorarla en todos los sentidos, incluso y sobre todo en el sentido de la raza. El destino (la Historia, esa *puttana*) convierte a los ganadores en perdedores y a los invadidos en agentes científicos de quienes entran en la guerra para acabar con ella como sea, porque es la manera de acabar con los nazis. La interpretación que los actores Fernando Delgado -Niels Bohr-, Juan Gea -Heisen-

berg- y Sonsoles Benedicto -Margrethe Bohr- hacen de la obra de Frayn es, en muchas secuencias de la escena, escalofriante, hasta el punto de que por la identificación teatral nos olvidamos de los actores para ver sólo sobre el escenario a los dos duelistas científicos interpretando sus papeles mientras caminan irremisiblemente hacia el corazón de las tinieblas, hacia el estallido de la bomba que es el principio y el fin de la guerra. Toda la historia frenética, infame, pasional y noble del siglo XX está en este *Copenhague*, que por eso mismo representa además una reflexión sobre este mismo tiempo que vivimos con la pasión de finales del XIX. Y, volviendo a las masivas manifestaciones: si sólo se trataba de eso, de la cantidad frente a la seria reflexión sobre la guerra de hoy, vamos de mal en peor, de la pobreza a la miseria moral, del buen whisky a la simple espuma de la cerveza sin control alguno de calidad. Si *Copenhague* no es un triunfo de público en Madrid, habrá ganado la espuma de la cerveza. Lo que sería, una vez más, otra decepción. ♦